

ron seis días. «¡El teléfono lo ha perdido!»—pensaba—. «¿Y la *Guita*?»—decía la prudencia—. «¡Si no sabe ni cómo me llamo!»

Trin... Trin... —Señorita, el señor Rivera avisa por teléfono.

—Voy—. Y corriendo, cogió el auricular. Saludos, y después: —Si esta tarde... bueno... a las seis... en... Bien... Adiós... ¡Gracias, Dios mío!

Tomaron el té. Bailaron dos fox y un vals, y el resto transcurrió en una amable conversación.

—Estoy encantado de esta amistad—dijo Fernando—. Realmente es un descubrimiento una persona, mejor dicho, una personalidad como la tuya.

Las nueve y media cuando llegó a su casa. Decididamente, Fernando era encantador. ¡Si hasta encajaba en el «molde» de su ideal! Se menudearon las salidas. Se contaban sus proyectos, las ideas, sus opiniones, todo salía a relucir.

«Muy agradables estas entrevistas — pensaba Rosario —; pero de cariño ni una palabra.» No es que ella no creyera ni no quisiera verdaderos y sinceros conocimientos; ¡no! Le gustaba tener amigos donde sólo encontrara ¡amistad! Pero Fernando era «otra cosa», y deseaba que su amistad fuera más flexible. «Rosario, ¿le quieres?»—dijo la voz—. «¡Oh, no!, pero...», y le asaltó la idea: «¿Tendrá novia?» Aquel día que su imaginación estaba tensa, pensó, repasó, y...

—Señorita Rosario, el señor Rivera llama por teléfono.

—Bien. Voy. Lo siento muchísimo, pero esta tarde imposible... Un amigo, Juan Quiroga... ¿Mañana?... Bueno...

Rosario en toda la tarde salió de casa, y cada vez que pensaba en Juan, se sonreía.

Algunas veces, cuando llamaba Fernando ya había coincidido otra vez con el amigo.

—Rosario, ¿te avisa mucho Juan Quiroga?

—Bastante. ¡Es más pelmazo...! Como apenas hace nada, en seguida me llama. ¡Si vieras qué buen muchacho es! En mucho se parece a ti. Ahora que tiene un gran defecto.

—¿Y es...?

—Que apenas trabaja. Fernando, la gente es divertidísima. ¿Sabes lo que me han dicho? Que tenías novia.

—¿Quién, yo?

—Pues claro. Yo me sonreí al oírlo y me dijeron que sales mucho con ella.

—Es el colmo. Si así hubiera sido ya te lo habría dicho. Con lo mucho que hemos hablado, alguna vez la habría nombrado a ella. Nosotros, sin ocuparnos de la gente; pero ella, sin embargo, muy pendiente de nosotros.

Continuaron las llamadas de Fernando, y a veces coincidiendo con las de Juan.

A Fernando le agradaba la amistad de Rosario. Le gustaba mucho salir con ella, y a veces notaba su falta. ¿Pero sufría Fernando otro sentimiento?... ¡No! Sin embargo, el destino se sonrió de Fernando. Unas palabras serían las suficientes para que surgiera una nueva línea de vida.

Tres meses llevaban con sus salidas, cuando Rosario le dijo:

—Estoy disgustada, no sé qué hacer..., pido tu consejo. Verás: ayer salí con Juan...

—Te tiene acaparada.

—Ni mucho menos.

—¿Es que te parece poco lo que sales con él?

—No, pero eso mismo dice él de ti. Verás: ayer salí como siempre, pero Juan no era el mismo..., de buenas a primeras se me... declaró. Comprenderás mi estupor. Todo lo que no se espera causa impresión. La mía fué grande. No supe qué contestarle y...

Fernando, interrumpiendo:

—¡Así que enamorado! ¡No se le ha ocurrido otra cosa!

—¡Pobre muchacho! ¿Y él qué culpa tiene...? ¿O es que nadie se puede enamorar de mí?

—¿De ti? Todo el mundo.

—¿Conque con bromas?

—En serio: todo el mundo. No hay nadie como tú de amable, de guapa, de...

—¡Fernando!...

—Déjame decirlo. He sentido en estos instantes, ante esas palabras, algo muy hondo, muy claro, muy sencillo, muy humano... ¡Rosario, te quiero!...

—Fernando...

—Hablemos de nuestros proyectos, de la vida que recorreremos juntos...

—Pero, Fernando, déjame que termine. Juan dijo...

—Deja a Juan, Rosario; pero le invitaremos a la boda, que vea que no le guardo rencor, sino todo lo contrario. Gracias a Juan he comprendido en un solo instante todo...

Aquel día, a las once y media de la noche, Rosario Sandoval sonreía al porvenir nuevo y brillante, y sonreía también recordando *al invisible y desconocido Juan Quiroga*, alma y espíritu sin realidad ni cuerpo de sus relaciones con Fernando.

«¡Juan Quiroga! Nombre que jamás acompañó a un cuerpo amigo, cada vez que te nombre te enviaré el recuerdo de mi sonrisa.»

Aquel día, a las once y media de la noche, Fernando Rivera sonreía al porvenir nuevo y brillante, y desde su casa enviaba un recuerdo de agradecimiento al desconocido Juan Quiroga, que al choque de sus palabras había percibido su amor. Aquellas palabras de Juan podían haber separado a Rosario de su lado y ante ellas sintió la tragedia—que podía haber sido posible—de una ausencia definitiva. De una separación lejana y eterna...

«¡Juan Quiroga! Nombre que jamás vi acompañado de tu persona, cada vez que te nombre te enviaré el recuerdo de mi sonrisa.»

—Fernando, por última vez me ha telefonado Juan Quiroga. Le he contado todo y hasta el deseo de que asistiera a la boda. Su contestación fué ¡jamás! Ni eso, ni volver a oír su voz... Ha desaparecido... Sinceramente lo sentí. ¡Nuestra voluntad está tan por encima de nuestros sentimientos!... En fin, he sacrificado un amor, pero he encontrado el tuyo, que es el más grande, el más inmenso...

—Rosario, mañana nos han invitado a casa de Suárez-Veranda.

—¿Jugaremos un poquito al *bridge*?

—¡Claro que sí! A tu lado es tan grato todo...

* * *

En la iglesia de Santa Isabel, bellamente adornada, se ha celebrado el enlace de la señorita Rosario Sandoval Henestrosa y don Fernando Rivera. La novia...